

PERSONALIDADES DE LA JUNTA (Y 6)

Ningún partido y ningún gobierno han contado jamás con un equipo de dirigentes tan altamente cualificados, por su personalidad moral y su preparación cultural, como el que formó la Junta. Aparte de las personas mencionadas en los artículos anteriores, las Juntas Democráticas creadas en todos los sectores sociales estuvieron inspiradas y dirigidas por un elenco de elementos singulares, que representaba la parte mejor y más selecta de la sociedad civil. La mayoría de esas personas excepcionales se incorporaron a la conquista común de la libertad en el momento constituyente de las Juntas, después de anunciar la creación de la Junta Democrática de España. Mi trabajo, a partir de entonces, consistió más en seleccionar que en buscar. Tal fue la esperanza despertada que a la llamada de la Junta, en plena clandestinidad, acudieron personas que, sin ambición de cargos ni honores, nunca les pasó por la imaginación la posibilidad de entrar un día en política. Pero en la Junta Democrática vieron otra cosa distinta. No idealizo ni magnifico la realidad de ese hermoso fenómeno sin precedentes en la historia de España.

Necesitaría un extenso volumen para describir las personalidades independientes que, junto al PC de Carrillo, Partido del Trabajo de Nazario Aguado, PSP de Tierno, Partidos regionales, sindicatos y Colegios Profesionales, dieron a las Juntas el tono de dignidad y el punto de referencia del movimiento de la sociedad hacia la democracia. Ni un solo acto de violencia en centenares de huelgas y manifestaciones por la libertad. Incesante actividad dentro y fuera de España. Reconocimiento de la Junta por el Parlamento de Estrasburgo. Desde julio de 1974 a julio de 1976 la iniciativa política perteneció a la Junta. El gobierno Arias estaba a merced y a la defensiva de los acontecimientos provocados por ella. En los cuatro primeros meses del gobierno Suárez, la hegemonía política en la sociedad la tuvo la Platajunta. Y todo ese inmenso caudal de inteligencia, idealismo y voluntad popular, cuando estaba a punto de anegar y sumergir al Estado dictatorial en una gigantesca ola democrática, fue de repente desviado de su curso natural, por las ambiciones de unos pocos fontaneros que abrieron las compuertas del Estado a los Partidos (que odian todo lo que no es mediocre), para que ese limpio caudal se diluyera en el turbio mar de la mediocridad.

Salvo dos o tres excepciones, las personalidades de la Junta se retiraron de la política tan pronto como se produjo la traición del PSOE y del PC a los compromisos firmados de abrir un período de libertad constituyente sobre la forma de Estado y de Gobierno. Este alejamiento de la mediocridad oligárquica, que sustituyó a la mediocridad dictatorial, prueba la nobleza de intenciones, y la superioridad de conciencia, de los independientes que dieron sus almas a las Juntas, por



pasión de libertad y sentimiento del deber ciudadano. Entre ellos recuerdo con emoción y gratitud a talentos ya fallecidos, como Alfonso Cossío y Manuel Brosseta; a figuras del arte, como Cristóbal

Halfiter y Carmelo Bernaola; a abogados, como Emilio Atard (Valencia), Emilio Gastón (Aragón) o Fernando García Agudín (Galicia); a economistas, como José Ramón Tamames (actuó en la Junta de Madrid por mi designación directa); a médicos como Manuel Mora (Balears) y Castilla del Pino; a arquitectos como Ramón Fernández Rañada (Asturias) y Lamela; a empresarios como Javier Vidal (Huarte) y Carlos Ibarra; a catedráticos como Pedro de Vega y Gustavo Villapalos; a editores y periodistas, como Ramón Akal y Mario Rodríguez Aragón; a sociólogos como Mario Gaviria y José Vidal Beneyto. Por su inteligencia, su cultura, su capacidad y su conocimiento del mundo internacional, hice responsable a Vidal Beneyto de la política exterior de la Junta. Su gestión la llevó más allá de lo previsible.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

EL PODER DE LA PALABRA

«Cuanto más mayor me hago, más radical me siento». Son palabras cantábricas de José Saramago. Un comunista lúcido y luminoso. Tan grande y auténtico como Pablo Neruda. Un

buen caballero, como el Garcilaso de Aberti. Saramago se niega a la segunda inocencia —que da en no creer en nada— y sigue teniendo creencias esenciales. Continúa creyendo que usamos perversamente la razón cuando humillamos la vida, que la dignidad del ser humano es pisoteada a diario por los poderosos del planeta, que la mentira universal ha sustituido a las verdades plurales y que el deber de nuestros deberes es luchar contra la deshumanización y la injusticia. Saramago no puede aquietarse ante la iniquidad. Las desigualdades son cada vez más odiosas, las injusticias se multiplican, la ignorancia crece y la miseria se expande. ¿Cómo no ser radical frente a tanta inmundicia, contra tal acumulación de impudicia, frente a esta concentración de mierda redestinada, contra esta exhibición de crueldad y cinismo? ¿Cómo tenderse a ver qué pasa cuando lo que pasa es la negación misma de la condición humana?



¿Cómo adolecer, penar y morir por la ausencia de un Dios que no podemos entender porque, de ser algo, es una esfinge sordomuda que ni nos entiende ni nos atiende, haciendo de la existencia del hombre una pasión

inútil o una sumisión apesabrada y abyecta, como la de todos los carneros de Panurgo? Decir que la brisa es un ángel extraviado es una mehez digna de un eunuco oficioso. Forma parte del coro de los grillos que cantan a la luna. De los pobres cerdos de Gadar, condenados a precipitarse al abismo como testimonio del diablo que los posee y los impele porque un cristo cabreado así lo ordena.

Dice Bertrand Russell que el miedo, la vanidad y el odio son los motores de la convivencia, de la religión y de la política. Pero tres pasiones elementales e intensas pueden superar esas calamidades: el ansia de amor, la búsqueda del conocimiento y una piedad insuperable por el sufrimiento de la humanidad. Saramago prefiere hablar del amor, de la verdad y de la justicia como objetivos esenciales de la palabra. Por eso la literatura no es sólo «buena escritura, sino sangre, sudor y agonía». Las palabras son seres con humanidad y necesitan la compañía de otras para entrar en el recinto de la vida y conseguir el milagro de ahondar en el alma. No se puede compartir la resignación que acecha desde el fatalismo. No es verdad que, como aseguraba Horkheimer, «esto es como es y el hombre no puede cambiarlo». Parece una divisa de las multinacionales y las plurinacionales, cuyo poder, en absoluto democrático, está eliminando lo poco que aún pueda quedar del viejo ideal de la democracia. Es posible y preciso transformar la realidad. O dinamitarla. Para Saramago, que no es creyente ni visionario, el milagro existe. «A veces parece que estamos a punto de naufragar, pero el río nos lleva y nosotros sólo tenemos que orientar la canoa». No sé si Saramago ha recordado en Santander las nobles reflexiones del mejor Maquiavelo: «Por mucho que se afirme que los asuntos humanos están sometidos a la fortuna, se puede y se debe usar la virtud y el coraje para hacerle frente, vencerla y humillarla». En el peor de los casos, aunque asistamos a un terrible naufragio de la luz y de la sangre, siempre nos quedará, insiste Saramago, «el poder de la palabra». El verbo habita en nosotros y entre nosotros, pero jamás se hace carne. Es el alma misma. El espíritu de las cosas. Encima de nosotros sólo estamos nosotros mismos y es necesario que nos descubramos. El hombre está descubriendo el universo y aún no sabe relacionarse con el ser humano que tiene a su lado. Las palabras siguen tiritando bajo el polvo. Pero no han sido borradas para siempre y aún tienen fundamento la sonrisa y el llanto. En último término, como decía Truman Capote, «a los que no sueñan les ocurre igual que a los que no sudan. Les crece el veneno en la sangre».

Joaquín NAVARRO

MIEDO EN HB

En esta época en la que la palabra miedo se prodiga en muchos ambientes —en los que tienen todo el derecho a tenerlo porque saben que bajo su coche puede haber una bomba, o a su espalda un pistolero, y en los que no lo tienen, salvo por falta de vergüenza torera, como el alcalde de Marquina— no sorprende que haya otros a los que no les llegue la camisa al cuerpo. Porque ¿dónde están los militantes y dirigentes de HB que no están de acuerdo con la escalada criminal de Eta? Algunos, pocos, los había, a tenor de algunas intervenciones públicas y algunos artículos. Pero ahora, cuando suena el fragor de los disparos, el acrisolado valor de éstos se de-

muestra frágil como cristal de Bohemia. Los demócratas, los amenazados, han llegado a creer que el miedo es patrimonio propio, aunque hagan de tripas corazón. Pero ¿y ellos, los batasunos que amagaron con una cierta dignidad? Ya no les debe quedar, como no les queda ni una gota a los nacionalistas. Porque si el alcalde de Marquina tiene miedo, ¿cómo es que no hicieron alrededor de él una pía los dirigentes del PNV, como se vanagloriaban de hacer cuando la «represión franquista»? Por lo visto, la amenaza policial les era entonces menos acuciante que la de la mafia ahora.

Juan BRAVO

